

El fenómeno contratransferencial como elemento esencial en el tratamiento con adolescentes*

Addys Attías de Cavallín

La adolescencia en sí presenta tal peculiaridad que inevitablemente alerta al analista que va al encuentro psicoanalítico. Es inevitable porque los adolescentes nos pueden hacer revivir los propios viejos sueños, fantasías y conflictos. A la vez nos pueden hacer resentir por el tan común ataque a la autoridad puesta ahora en la identidad del analista. Los jóvenes, además, son sagaces pacientes y hábiles detectores de los signos de ansiedad y de cualquier otro de vulnerabilidad emocional en el analista, lo que será después usado como medio de resistencia al tratamiento. Anthony, J. (1969) señaló varias determinantes desde la posición del analista:

a) El adolescente como el paciente que moviliza en el analista los problemas que él mismo no tiene encarados, mucho menos, resueltos.

b) El adolescente como objeto peligroso o en peligro.

c) El adolescente visto como objeto sexual (síndrome de Lolita).

d) El adolescente como individuo desadaptado.

El adolescente como objeto envidiado (tener lo que el analista hubiera deseado y necesitado).

f) El adolescente como héroe, con aspectos ideológicos tan interesantes, que tientan al analista a no interpretar, "para no influir en el paciente". Más aún, a veces puede llegar a facilitar las actuaciones políticas y sociales y esto puede hacer sentir al analista que lo ha ayudado en la maduración de su personalidad.

* V Encuentro Anual de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Abril 2000

En el tratamiento psicoanalítico con adolescentes hemos incorporado comprensión, empatía y flexibilidad, porque generalmente es un paciente con poca o nula conciencia de conflicto, pero debemos tener presente que el joven necesita el alerta permanente y la escucha a los sentimientos contratransferenciales que las proyecciones del joven despiertan. Mauricio Knobel (1973) nos ayuda cuando habla de la doble situación que se crea en el trabajo con adolescentes y nos invita a mantener el clivaje de realidad ineludible, ya que el analista es un adulto, y la adultez del analista es necesaria y buscada por la parte más integrada de la personalidad del joven, y así adquiere posibles identificaciones correctivas que van a ayudarlo a crear un margen de seguridad en el mundo adulto.

La contratransferencia en el tratamiento con adolescentes hace que el analista repita vivencias anteriores, “representando el analizado objetos internos del analista, lo que le provoca una disposición donde lo transferido es lo que proviene de antes, en especial de partes infantiles o partes adolescentes”. (Racker, 1969). Racker relaciona la empatía con la contratransferencia y ubica a la empatía como identificaciones concordantes, originadas en la contratransferencia positiva y sublimada. Empatía y contratransferencia merecen una reflexión en el tratamiento con adolescentes. Volviendo al clásico Racker, la identificación concordante se basa en el reconocimiento de lo ajeno como propio, pero podemos reconocer los riesgos de la concordancia excesiva. Jogan (1991), en *Empatía y Empatismo*, nos señala que la actitud del analista puede promover en el paciente el deseo de demandar dosis cada vez mayores, semejante a un adicto; y que además, puede ocurrir la seducción narcisística recíproca, que generará una escisión estable en la mente del paciente, y así, “la relación analítica permanece idealizada, mientras que otras relaciones son malas y persecutorias”. Jogan agrega que también puede desarrollarse más rápidamente una reacción negativa hacia el analista cuando el paciente considera su situación de paciente como humillante; se siente que está necesitado, lo que contrasta con la posición del analista de dispensador omnipotente de “empático bienestar”.

Stefano Bolognini (1991) afirma que por exceso de intencionalidad o sobre-determinación dogmática, el psicoanalista aduce ser empático, más allá del nivel de su compromiso en las vicisitudes de la transferencia y contratransferencia, lo que lo arriesga a perder su libertad a asociar, la neutralidad de su postura y su capacidad para suspender y esperar el natural desarrollo del proceso psicoanalítico en su totalidad.

Estas reflexiones nos llevan a ahondar en el tema de alianza de trabajo con los adolescentes, en el que se mezcla el concepto de solidaridad con el de complicidad.

Carla tiene diecisiete años, dos en análisis tres veces por semana; adicta a la marihuana, trae dificultades académicas, irrespeto a la autoridad, relación con los padres dentro de muchas argumentaciones conflictivas, y con el grupo de sus pares bastante dificultad para relacionarse. Con sus novios es ella quien finaliza el vínculo dentro de rabietas y mandoneos. Conmigo se relaciona faltando con frecuencia a una sesión por semana y cada cierto tiempo me pide cambio de hora.

Carla entra a su sesión del día lunes a las 3 pm. Bulliciosa, apurada, y desde la puerta me anuncia:

“Tengo problemas con la cita de mañana, tienes que buscarme hora después de las seis de la tarde, porque si no, no puedo hacer el trabajo de la vieja loca, y se agarra de eso para joderme y rasparme”.

Se acuesta en el diván. Yo busco mi agenda y sin hablar hago el intento de ver con quién puedo hacer el cambio de hora, ya que me siento en la obligación de entender su pedido y complacerla. Carla comienza a hablar y me silencia.

“Vengo de ver a los Simpsons, ¿los has visto tú?... ¡qué vas a ver tú!... ¡tú no sales de aquí!... son gente cómica, la mamá es arrecha y el padre es un huevón; hay tres hijos.

Bart es terrible, un malandro, y la madre March dice al esposo que tienen que castigar, ¡por fin!, al hijo, que ese día hubo muchas quejas de los vecinos y ella decidió castigarlo severamente: Bart no cenará hoy, la pizza es lo que más le gusta, pero no cenará, ya lo decidí. El esposo se angustia y dice que no, que eso es injusto; al final, la madre lo hace, y el carajito ese se calienta, se va bravo a su cuarto y desde allí refunfuña contra ellos, los odia, que se mueran.

Pero fíjate, luego de un rato Bart empieza a pensar que sus papás pueden tener razón, él se está portando cada vez peor, piensa que los papás deben tener vergüenza de él, imagínate que llega a pensar que hasta va a tener que cambiar.

Enseguida sale la escena de los padres, Homero vigila que la esposa esté dormida, se levanta, busca un pedazo de pizza que había guardado para el hijo y se va para el cuarto de éste y le toca, interrumpiendo las reflexiones del muchacho. Este abre y el padre con muchos mimos le entrega la pizza, lo abraza y le dice que no podía dormir pensando en él.

Homero sale del cuarto y Bart se come la pizza, ve la ventana, sale como de costumbre por ella para reunirse con sus amigos y volver a sus andadas”.

El relato de Carla me mantuvo pendiente, me dio claridad en ubicarme en el rol del padre, sus tremenduras analíticas, (ausencias y cambios de hora), afuera quedaban los ataques, la profesora vieja loca, los padres acusados, el mundo hostil, ruptura. Aquí está conmigo ubicándome como la persona con la que no se pelea, parece enmarcarme en el lugar de la buena, y yo me he apoltronado en él. Carla hace con su relato que me dé cuenta de mi lugar de tolerante y cómplice. ¿Me estará diciendo que tendría yo que asumir mi papel: analizarla desde mi autoanálisis?

Retomando a Racker en relación a la dinámica de la contratransferencia, estas reacciones se explican frente al incremento de angustias arcaicas de los conflictos propios del analista. En el análisis “la repetición de defensas que son intensificadas se da para que no se repita en la transferencia la catástrofe, y eso mismo vale para la contratransferencia”; sin embargo, la verdadera catástrofe, dice Racker, está relacionada con el hacer consciente determinados aspectos propios de analista (angustias, depresiones, culpas, persecuciones). Este autor nos hace recordar que “son los conflictos infantiles del analista con su agresión los que lo llevan justamente esta profesión, en que trata de reparar los objetos y de superar o negar su culpa”. Y es excelente la interrogante cuando se plantea: “¿qué motivos en términos del inconsciente, tendría el analista de querer curar si no hubiese sido él quien enfermó al enfermo?”

Finalmente, pensamos que debe haber una especial disposición en el analista para poder trabajar con adolescentes, fundamentada en el personal trabajo durante su análisis previo, intentando que no haya dejado fallas en la elaboración de los conflictos inconscientes de su propia adolescencia, y contar con un marco referencial teórico atento, para desde allí poder reconocer al adolescente como paciente y como tal tratarlo, en lugar de realizar la alianza patológica que le permita reivindicar sus propios conflictos adolescentes irresueltos.

Carla hizo silencio después de su relato y yo pude decirle: “Así que ahora me pides que yo pueda mantenerme firme y no te cambie la hora”.

Referencias

- Anthony J. (1999). "The reactions of adults to adolescents and their behavior", en *Adolescence, Psychological Perspectives*. Caplan G & Lebocon S (Eds), pp. 57-78. New York: Basic Books
- Bolognini S. (1997). "Empatía y empatismo", en *Libro Anual de Psicoanálisis*, vol. XIII. Sao Paulo: Editora Escuta
- Jogan E. (1990). En "Empatía y empatismo", citado por Bolognini S.
- Knobel M. (1973). "Psicología y Psiquiatría del Adolescente" en *Entrenamiento en Psiquiatría de Adolescentes*. (Feinstein S, Kalina E, Knobel M, Slaff B, eds). Buenos Aires: Paidós
- Racker, H. (1969). *Estudios sobre Teoría Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós

© Addys Attías de Cavallín
Residencias Terrazas de Sebucán. Apto 32-A
Av. Los Chorros. Urb. Sebucán
Caracas 1071, Venezuela
e-mail: ecavalli@reacciun.ve

Resumen

El trabajo marca una alerta sobre la contratransferencia en el tratamiento de adolescentes, resaltando la especial importancia de que el analista en su análisis personal que haya logrado entender y elaborar la propia adolescencia, para resguardarse de realizar alianzas patológicas con sus juveniles pacientes, que reivindiquen sus propios conflictos de esa etapa. A través de una viñeta clínica se señala la posibilidad de una seducción narcisística recíproca, el riesgo de perder la libertad de interpretar, la neutralidad, y la capacidad de desarrollar a plenitud el proceso psicoanalítico.